

REY

Otra voz que calla... Todo
va callando... ¿á quién oiremos?

OLIVARES

*(Disponiéndose á dar cuenta del
pliego.)*

¿Queréis saber?

REY

*(Con melancolia inefable, enco-
giendo los hombros, triste.)*

Me acomodo.
con vuestro fallo. Pasemos.

OLIVARES

*(Pasando legajos de un montón
á otro según habla el Rey.)*

Respuesta á Holanda, rompiendo
la guerra.

REY

¡Sea por Dios!
Con vos fallo.

OLIVARES

Otra, pidiendo
paz á Inglaterra.

REY

Con vos.

OLIVARES

Se acepta la guerra á Francia.

REY

Con vos.

OLIVARES

Se entra el Rusillón.

REY

Con vos.

OLIVARES

Y porque á distancia
cobra en Flandes importancia,
se le alza el guante al de Egmón.

REY

¡Nos reta Europa!

OLIVARES

¡Imprudente
reto y, á la postre, vano!
Mire al enemigo y cuente
los reinos el Soberano;
no tendréis tantos enfrente
como bajo vuestra mano.

REY

Es verdad; pero á mayor
corazón, mayor dolor;

la ancha vena no es extraño
que dé abundante sangría;
y España sangra, en un día,
más que Inglaterra en un año.
Mi pueblo sufre.

OLIVARES

No son
tan grandes sus sufrimientos.

REY

¿Morir de hambre es diversión?

OLIVARES

Se doblará la ración
de la sopa, en los conventos.

REY

(No responde: se ha puesto en pie y parece dar por terminado el despacho; como el de Olivares tiene todavía en las manos un papel que acaba de coger, pregunta con frialdad:)

¿Queda más?

OLIVARES

(Meloso.)

Queda, señor,
esta carta.

REY

¿Importa?

OLIVARES

Pues

vos decidiréis; porque es
tocante á un lance de amor.

(El Rey da unos pasos, que demuestran su interés; el de Olivares hábilmente le va entreteniéndolo y apartando así de las serias preocupaciones del Estado.)

Por si un día pudo amar
ó no, cierto corazón,
vos me hubisteis de encargar
que se hiciera inquisición
de una vida, en un lugar.
La averiguación que entabla
gente experta, al fin ha dado
fruto; y esta carta me habla
de María la Candado.

(Desde este momento es otra la actitud del Rey. Parece que el de Olivares le tenga en su poder y disponga á su antojo de su voluntad.)

REY

¿De ella?

OLIVARES

Y no podéis pensar
paz de existencia más bella,
ni más honesta doncella
de su casa, en su lugar.

REY

¿Es cierto que amaba?

OLIVARES

Es cierto;
pero fué en tiempo remoto;
á un hidalgo, un Juan del Soto;
fué á Portugal... habrá muerto.

REY

(Con noble melancolía.)

¡Por su tierra y con su espada!

OLIVARES

No es tanta su gloria, puesto
que de él no se ha dicho nada.

REY

(Grave.)

Pero me aventaja en esto.
Yo también pude de mí
dar muestras en Portugal
ó morir como leal;
para lo que sirvo aquí...

(Una breve pausa.)

¿Nada os escriben?

OLIVARES

(El rostro impenetrable, al pronunciar estas palabras de evasiva.)

De suerte
que yo espero, no sabiendo.

REY

¡No, que es silencio de muerte,
y un Reino el que está muriendo!

*(Se deja caer abatido en el sillón,
junto á la mesa.)*

OLIVARES

Señor...

REY

Portugal y Flandes
son mis dos grillos.

OLIVARES

Señor,
tenéis amargo el humor
de estos cuidados tan grandes.
Es necesario atender
á vuestras melancolías
y al esparcimiento hacer
un lugar en vuestros días,
Majestad.

REY

¿No es bien, si miro
cómo en el dolor ahondamos,
que yo me duela?

OLIVARES

No; vamos,
esta noche, al Buen Retiro.
Poco es el tiempo que resta

para ordenar y atender;
mas yo sabré disponer,
casi en privado, una fiesta.
Y suspendido he de veros
viendo tan otra de otrora,
la sala de reposteros
del Pabellón de la Aurora.

REY

¿Le cuadra el ornato?

OLIVARES

Y ciego
será quien no ciegue, al vella;
porque pasaron por ella
los pinceles de Don Diego.
Yo preparada tenía
la fiesta para su estrena;
mas con avanzarla un día
no parará menos buena.

REY

¿Pero, gente?...

OLIVARES

A poca gente
fiesta grandes es incentivo;
porque el placer es más vivo
si á muchos no se consiente.
Habrá mesa, alcé tablado,
Lope dió en versos de sí
y, porque los diga, di
sus versos á la Candado.

REY

¿Pero ella vendrá á la fiesta?

OLIVARES

Yo tal creo.

REY

Os engañáis.

OLIVARES

Y si vos antes le habláis,
con poco estará dispuesta.

REY

Falta el tiempo.

OLIVARES

En todo caso,
si no se hallaran histriones,
habrá en el tablado un paso
de Meninas y bufones.

REY

Digo que vos no contáis
con el tiempo; si llegamos
tarde á Madrid, ¿cómo hablamos
á la Candado?

OLIVARES

¿Y vos dáis
por decidido qué yo,
cuando en serviros me afano,

cuenta con el fin, que es llano,
pero con los medios no?
Como esta carta os traía,
donde hablan de ella, señor,
pensé si al cabo mejor
interrogarla sería.

REY

¿Y habéis dispuesto?...

OLIVARES

Sí.

Llegó al Pardo, á la primera
luz del alba, mi litera.

REY

¿Y la Candado?

OLIVARES

*(Señalando la lateral del primer
término derecha.)*

Está aquí.

*(Pausa. A pesar de su frialdad
hierática, no puede esconder el
Rey la emoción que siente. Mira
hacia la puerta señalada. Vuelve
luego su rostro á un gran Cristo
que habrá sobre la mesa ó pintado
en la pared. El de Olivares, como
si se propusiera continuar el despa-
cho, sigue revolviendo papeles.)*

Tengo en prisiones á dos
huguenotes; dispondré
su muerte en auto de fe.

REY

(Con ironía.)

¿Lleváis el soborno á Dios?

*(Olivares no contesta y continúa
en sus papeles.)*

¿Pero no acabamos?

OLIVARES

*(Como sin dar importancia y sin
advertir la impaciencia del Rey.)*

Queda

pendiente de aprobación
un decreto de prisión
contra el Duque de Maqueda.

REY

*(Impaciente, acercándose para fir-
mar, y cuando ya tiene la pluma
en la mano, deteniéndose un poco
extrañado.)*

¿No está en Nápoles?

OLIVARES

Ha vuelto,

y á todo viene resuelto;
conque el peligro advertid,
que es dejar un león suelto
por las calles de Madrid.

REY

(Firmando.)

Ya está.

OLIVARES

(Exultante al retirar la orden y con una inclinación exagerada.)

Disponed ahora
de este esclavo, señoría.

REY

(Glacial, imperativo.)

La partida á mediodía,
Conde-Duque.

(Sale Olivares por el fondo; el Rey se acerca á la lateral derecha de primer término y dice, abriéndola:)

Entrad, señora.

(El Rey vuelve á su actitud de frialdad y se acerca á la mesa para amparar su figura. Entra la Candado.)

La bienvenida seas
á mi casa, María,
y en mi presencia á tu sabor te creas
tú, que tan bien me recibiste un día.

MARÍA

Señor...

REY

No; de esta vez no es el respeto
lo que exijo de ti.

MARÍA

Señor...

REY

Tenía
necesidad, María,
de hablar contigo á solas y en secreto.

MARÍA

Mas yo he venido...

REY

Porque te he llamado :
¿quieres que no lo diga, cuando creo
que el día en que me cumples un deseo
es de mi Reino el más afortunado?
Porque te cubra el manto, no imagines
que yo no pueda verte; eres hermosa;
cuando se envuelve en su rosal la rosa,
ya es, sola, otro jardín de los jardines.

(María gentilmente se descubre.)

Ahora, así, vuelvo á verte
como un día, en las tablas, palpitando
de pasión, resistiéndote á la suerte
y en una escena de tragedia y muerte
el instante supremo acelerando;
¡torna á hablar y á tu fuego de aquel día,
que eras hermosa como un sol, María!

*(La está devorando con los ojos
fijos y fríos; ella, con una sensación
de malestar, le dice:)*

MARÍA

Señor, dais miedo...

REY

¿A quién?

MARÍA

Tan fijamente

miráis...

REY

¿Sabes que puedo
por lisonja tomar que inspire miedo?
¡Todos opinan tan diversamente!

*(Una pausa; el Rey, con cierta
noble familiaridad, se acerca d ella.)*

¿Pues tú también temblabas
de miedo, aquella tarde en que me hablabas
de mis pobres labriegos castellanos,
su corazón poniéndome en las manos?

MARÍA

*(Agradecida y sin poder dominar
su impulso.)*

¿Se os acuerda, señor, de aquella tarde,
hace tiempo, en un pueblo de Castilla?

REY

Tú me besaste, hincando la rodill ,
la mano regia, y yo temblé, cobarde.

MARÍA

Tuvisteis sed...

REY

Espera :

yo te miraba á ti... tú estabas lejos,
había unos reflejos
de sol poniente, y era
dosel sobre mi silla una bandera.

MARÍA

Tuvisteis sed, y en amasada arcilla
sacó mi mano para el Rey de España
agua, que dió la entraña
de los secos terrones de Castilla.

REY

¡Y nunca aroma de exquisito vino
me supo á tal delicia en un camino!

MARÍA

¡Oh! ¿para qué mi planta
Dios no abrasó viniendo, si hoy me niega
que sea para el Rey, de comedianta,
lo que aquel día rústica y labriega?

REY

¿Pues qué pasa, María la Candado?

MARÍA

Que á mí me encuentro ruín ó á vos trocado;
que, llamada á serviros, he venido
para el Monarca de las dos Castillas,
tan devota, señor, que me ha dolido
de no poder andar con las rodillas;

y á mi arte solo atenta, me fingía
ser otra vez el barro que os traería
á estas áridas fiebres cortesanas,
agua de vuestras tierras castellanas;
pero por esta vez, tomando el jarro,
no os ha de dar alivio en el camino;
que con gesto mezquino
dejáis el agua y codiciáis el barro.

REY

¿Por qué no?... justamente
sigo en ello los usos de mi gente;
las damas de Palacio usan ahora
de morder, con su boca tentadora,
ciertos frascos de barro que rezuman
esencias y la boca se perfuman.
Pues será que, advertido
del uso establecido,
mi espíritu en el ánsia se consume
de morder barro por lograr perfume,
¿no es esto un bien?

MARÍA

No lo es en estas salas
en donde nos fingimos á los Reyes
atentos al enjambre de sus leyes,
dejar que á un corazón caiga las alas
y hablar de cosas tan perocederas
como el humo y la paja de las eras.

REY

¿Pero tú llegas con los Reyes hasta
prohibirles lo humano?

MARÍA

¡Es de mi casta!

REY

Pues bien; responde, quiero
no pasar para ti de justiciero.
¿Qué es de tu viejo padre?... ¿Aún vive?

MARÍA

Espera
daros con otro brazo otra bandera.

REY

¿Y tu hermano? He sabido
que pretende una espuela; he decidido
de atender su demanda
sin que más tiempo espere.

MARÍA

¿Pues ya no quedan guerras con Holanda,
donde gane una espuela el que la quiera?

REY

(Friamente.)

Dice Olivares, y es sentencia llana,
que regalarlas, aunque sean de oro,
cuesta menos dineros al Tesoro
que pagarle soldada á quien las gana.
Una nube ha pasado
por esa faz dejándola amarilla...

MARÍA

Pensad que ella es un campo de Castilla
y que es la nube el nombre del Privado.

REY

¡Pues él gobierna!

MARÍA

¡En la traición y el dolo!

REY

Le tengo al lado.

MARÍA

¡El sol ha de estar solo!

REY

(*Con intención, acercándose á
ella.*)

Yo así quiero.

MARÍA

¡Ni habrá quien os demande
de estar solo en las leyes y en los fallos,
solo hasta en el dolor, que es lo más grande.

REY

¡Y hasta en el corazón de mis vasallos!
¿No me entiendes, María?... Di, María:
si á Portugal fuera la Corte un día,
y al salir yo quisiera

que, por hallarme un poco en la distantes
tierras que desconozco, me siguiera
la tropa de mis francos comediantes,
María la Candado, ¿qué diría?

MARÍA

Criada vuestra es ella, señoría,
su deber la obediencia y lo cumpliera.

REY

¡Con toda el alma llena de alegría!

MARÍA

(*Entendiendo la alusión y abro-
quelándose con gallardía en su si-
lencio.*)

¿Por qué, señor?

MARÍA

¿Esperas
que te hable yo de aquel idilio roto?
Sé que está en Portugal un Juan del Sobo...

MARÍA

¡Volvemos á la peja de las eras!

REY

Esta vez sí; y aplaudo á la ocurrencia
que te avergüences de él en mi presencia.

MARÍA

¡Yo no, señor; arcilla pide arcilla;

se quede para vos lo vergonzoso!
 ¡Yo hablara de él en campos de Castilla,
 y viéraisme el semblante luminoso!

REY

¿Y en mi presencia no?

MARÍA

¡Yo os besaría
 las plantas, suplicando en mi tristeza,
 si él padeciera fuerza!

REY

¡No, María!

MARÍA

¡Le rezo á Dios por él! ¡Pensad, alteza!

(Ofendido y dolido por la resistencia de la comedianta, se aparta de ella el Rey, dejando una pausa larga. Luego, con transición en la voz, prosigue.)

REY

Te he llamado, María.

MARÍA

Preguntándome estoy por qué habrá sido.

REY

(Con sequedad y con imperio.)

Doy fiesta en el Retiro, y he querido

pedirte versos en la fiesta mfa.
 No sé si es buen ministro el de Olivares;
 pero sabrá de cierto, en un tranquilo
 rincón de aquellas frondas tutelares,
 para esta noche disponer asilo.
 Tú á la cena estarás; de la partida
 serán también algunos familiares
 que nos hagan la mesa entretenida;
 no sé quién son, mas los habrá escogido
 de entre sus más devotos el Valido.

MARÍA

¿Y pretendéis?...

REY

Enanos y bufones
 la bojiganga harán por los rincones,
 para dalle á la fiesta su aparato;
 Pietro Soplillo irá, Mari-Barbola
 de las meninas, sola,
 y, si no le hallan ebrio, el Pertusato.

MARÍA

Y yo, señor...

REY

Y tú, María, puesto
 que órdenes de tu Rey cumples en esto,
 á donde mande irás, como yo mande.
 A mi deseo alzaron un tablado,
 y allí, en tu limpia voz, será evocado
 Lope el divino ante Felipe el grande.

MARÍA

¡Mas vuestra mesa no, que es demasia!...

REY

Tú no conoces á tu Rey, María!

MARÍA

Ni mi Rey á sus fieles.

REY

No, cuando son ingratos y crueles.

MARÍA

Señor...

REY

Quiero esta noche, en mi vajilla,
volverte el vaso de agua de Castilla.
¿Es demasía? ¿Acaso el Soberano
no ha de ser en su corte cortesano?
Y si, ayudando yo cuanto he podido,
tanto en fama has crecido,
que es tu nombre, María la Candado,
grande entre los mayores del tablado,
grande es Diego Velázquez, que en la tinta
de sus pinceles, lleva en cifra un mundo,
no conoce segundo,
y para mí, cuando lo mando, pinta.

MARÍA

¡Y para vos es mi arte y lo que expresa!
¿Pero por qué sentarme á vuestra mesa,
Majestad? ¿Por qué honores que no espero?

REY

Porque olvidé decirte que te quiero.

MARÍA

¿Y si piedad á vuestro pies imploro?

REY

Responderé que mando y que te adoro.

MARÍA

¿Ni huyendo de Madrid me salvaría?

REY

No, porque he decidido que eres mía.
¿Tienes miedo?

MARÍA

¡Jamás lo he conocido,
en la firmeza del deber cumplido!
¡Para mi Rey todas mis horas cuentan,
cuando Dios y el deber me lo consientan!

REY

¿Y cuando no?

MARÍA

¡La muerte,
señor, no tiene reyes que la obliguen!

REY

Trasciende á Lope; la expresión es fuerte;
¡yo haré que mis censores la mitiguen!

*(Va á salir por la lateral izquierda,
á los pocos pasos vuelve para
decirle á la Candado.)*

No, María; no quiero,
dejándote dolida,irme severo,
que, aunque es rigor fingido,
bien pudo herir tu corazón sincero.
Lo de la fiesta queda establecido:
dejaremos el Pardo á medio día;
tú, con tu dueña, espera,
que yo he de acompañarte á tu litera
y hay gente en los jardines todavía.
Te daré escolta hasta Madrid; prohibo
que salga al paso nadie; iré á tu estribo.
Y ya de noche, cuando
cruja la arena del pardín, llegando,
nadie ha de ver la diestra en cuyo guante
tu mano encuentre una prisión de ante
para bajar, y que será mi diestra.
¿Hasta pronto, María?

MARÍA

Es orden vuestra.

(Sale el Rey por la lateral izquierda. Está unos momentos María á verle desaparecer; en seguida corre hacia el fondo, gritando.)

¡Jamás!... ¡Antes la fuga!

(Se abre la lateral derecha de segundo término; el Duque de Maqueda le corta el paso.)

MAQUEDA

Es más sencillo,
dama, esperar.

MARÍA

(Deteniéndose, con un impulso de indignación.)

¿Quién sois?

(En este momento sale Estebanillo, que seguía al de Maqueda; ella corre á sus brazos.)

¡Estebanillo!

¡me valga aquí tu brazo, hermano!

ESTEBANILLO

¡Hermana!

MAQUEDA

Señora comedianta y dueña mía,
fuerza os quieren hacer; hoy es mal día
para la gentileza castellana.
Tengo un caballo y, á querer, podría,
yo en él, vos á su grupa, él en el viento,
poneros tan á salvo en un momento,
que ni el brazo del Rey os llegaría.
No lo dudéis; y, sin embargo, os pido
que tengáis calma, y que le déis oído,
fingiendo, al Rey. Podemos,
si fijo le tenemos
esta noche, acabar con el Valido.
Sois mujer y ofendida, y quien ha dado
la ocasión que os ofendan, el Privado.
Que esto os baste, y saber, cuando en la fiesta
más viles pararán los cortesanos,
que aún brilla, del Retiro en la floresta,
la espada de unos nobles castellanos.
Si ella os ha de servir, no habrá quien pueda

contrastarla; además salváis un hombre; esto os pido; si es mal, pierdo mi nombre, y yo me llamo el Duque de Maqueda.

MARÍA

Y yo os lo estimo; pero he reclamado de mi hermano el apoyo.

MAQUEDA

Es mi criado.

(Tiene la comedianta una mirada de desolación para Estebanillo.)

ESTEBANILLO

Yo te diré...

MAQUEDA

(A Estebanillo.)

Y tan pronto, Estebanillo, que apenas le des tiempo para oílo. Vuelve á Madrid con la respuesta de ella que es necesaria; un alazán te equipe mi gente; el vuelo imita á una centella, y á las ocho, á mi lado, en San Felipe.

(A la comedianta, saludándola.)

Señora, estaba solo en la aventura; que ambición y venganza es poca cosa para una vieja espada generosa que hizo en Flandes escuela de bravura; pero me habéis traído vos, la sonrisa de una dama hermosa, la ocasión de amparar al desvalido

y una amistad, en la esperanza casta: soy noble y español, conque me basta.

(Besa gentilmente la mano á la Candado, que seguirá casi abrazada á Estebanillo; al dar la vuelta para salir por el fondo, el de Maqueda, encarándose con el portón de la izquierda, dice, con gesto de amenaza.)

MAQUEDA

Conde-Duque, de Nápoles he vuelto: ¡campe el león mientras le dejan suelto!

(Sale por el fondo.)

MARÍA

(Apremiante, apenas desapareció el Duque, á Estebanillo.)

¡No le escuches, y vamos!

ESTEBANILLO

¿Dónde, hermana?

MARÍA

¡Donde no sepan de la Corte; lejos, á mi rincón de tierra castellana y al amor de las canas de mis viejos!

ESTEBANILLO

¿Pero olvidas, hermana?...

MARÍA

¡Olvidaría
mi propio honor y lo que siempre he sido,
quedando aquí!

ESTEBANILLO

¡Y un hombre está perdido
que, si quedaras tú, se salvaría!

MARÍA

¿Pero me importa á mí?

ESTEBANILLO

¡Te importa, hermana!

MARÍA

¿Pues rompiste conmigo?

ESTEBANILLO

¡Yo no he roto
sino con mi esperanza, que era vana!

MARÍA

¡Guardo mi honor!

ESTEBANILLO

¡Y él por su honor se afana!

MARÍA

*(Con una sospecha, al ver la emo-
ción de su hermano.)*

¿Quién es?

ESTEBANILLO

¡María!

MARÍA

(Ya casi adivinando.)

¡Dilo!

ESTEBANILLO

¡Juan del Soto!

MARÍA

¡El!... ¡Habla!... ¿Está en Madrid?... ¿Donde?

ESTEBANILLO

Venía
de Portugal, con cartas que traía
selladas, para el Rey, de la Duquesa.

MARÍA

¿Y hasta el Rey no ha llegado todavía?

ESTEBANILLO

Le prendieron ayer, de orden expresa
del Conde-Duque; su silencio quiere;
plazo le da de un día
porque queme las cartas que traía;
si accede, vive; y resistiendo, muere.

MARÍA

¡Pero ello no será! ¡Me da esperanza
la voz de el de Maqueda, que tenía

el dejo en ella del valor de un día;
cuando era noble todo el que una lanza
por la justicia y por el bien rompía!
¡Corre en su busca!... ¡Ayúdale, hermanillo!
¡No has de olvidarme, que te paso en años
y que hice por dormite en los antaños,
cuna de mi regazo, Estebanillo!
¿Yo en qué puedo servirlo?... ¿Con qué daños
remediar á su muerte?

ESTEBANILLO

Está entendido
que se da libertad al detenido;
pero todo es en balde; aceleramos
la ocasión y el rigor de la sentencia,
si en el instante mismo, á la presencia
del Rey no le llevamos.

MARÍA

¡Pues llevadle hasta el Rey!

ESTEBANILLO

¿Dónde le hallamos
esta noche?

MARÍA

*(Con intuición rápida de la situa-
ción; respirando audacia y seguri-
dad en este instante.)*

¡Ya entiendo y ya respiro;
que ahora va de mi cuenta! En el Retiro.
Vosotros refid bien y poned tiento,
no malogren las priesas el intento;

que el Rey no ha de apartarse de mi lado,
y de que aguarde hasta el final yo cuido,
mientras me ayude el cielo, embebecido;
¡si recela y se cansa, encadenado!
Vete. Y dile á Juan Soto, cuando diga
por qué yo, honesta, me presté á la intriga,
que á nadie temo, que en su amor pensaba,
que iba con Dios... ¡y que ésta me guardaba!

*(Rápidamente arrancó á Esteba-
nillo su daga del cinto.)*

ESTEBANILLO

¡No, mi daga!...

MARÍA

¡Mi padre la ha colgado
de tu cinto y con ella está á mi lado!

ESTEBANILLO

¡Te guardamos nosotros!

MARÍA

¡Llegan!... Vete.
¡Les oigo!

ESTEBANILLO

¡No; promete
por nuestro pobre viejo!...

MARÍA

*(Abrazándole conmovida y obli-
gándole á partir.)*

En mí te fía!

ESTEBANILLO

(Casi en sollozos al abrazarla.)

¡Nacimos en mal punto, hermana mía!

(Tiene la Candado tiempo para ocultar en el corpiño la daga; el de Olivares abre la lateral izquierda, dando paso al Rey; ambos llevan traje de camino.)

REY

¿Esperándome estás?

MARÍA

(Fingiendo serenidad.)

Es mediodía.

REY

(Al Conde-Duque.)

¿Y la litera?

OLIVARES

Se ordenó que espere
á espaldas de la fuente de Anfitrite.

REY

(A la Candado, para salir.)

¿Me das la mano?

MARÍA

(Avanzando un paso y con malicia femenina.)

Si Olivares quiere...

REY

(Sonriendo galante.)

Basta, María, con que el Rey te invite.

*(Toma en esto la mano de la conmedianta y dice á Olivares:)*Le he pedido una mano y, generosa,
me da, además, un lirio y una rosa.

OLIVARES

Y hecho á insidias de juntas y señores,
¿iba yo á recelarme de unas flores?

MARÍA

¿Pues si os moviera guerra con mi mano?

OLIVARES

¡Me matara el perfume en esa guerra!

MARÍA

¡Olvidáis que una mano es también tierra,
y ésta, tierra de pueblo castellano!*(Da su mano al Rey y salen.)*

TELON